

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LIV

MADRID, 2 DE MAYO DE 1920

NUM. 19.108

CRÓNICA

Un hombre y un pimiento

Tengo el honor de presentar a ustedes el cadáver de Isidro Gutiérrez.

Asesinado por su propio espíritu aventurero y soñador, ha sucumbido el pobre Isidro, y nadie, viendo el suelto periodístico donde se narra la atrevida empresa en que halló término a sus días, querrá creer, sin embargo, que puede ella constituir la gloria póstuma de un hombre.

Gutiérrez era guarda-agujas. En unos campos yermos, bajo un sol implacable, se levantaba el apeadero. Dos veces cada día llegaba el ruido humano serpenteando por los rails. Gutiérrez, agarrado a su palanca, lo miraba venir y alejarse. Eran los trenes que llevaban la alegría, el dolor, la lucha. En un vagón, toreros que iban a las ferias; en un vagón, soldados que palmoteaban y reían; en un vagón, hembras lujosas, de pintada belleza incitante; en el sleeping, un inglés que habría corrido el mundo entero; y alguna vez, en el furgón de cola, las jaulas de unas fieras que iban para un circo; y siempre, un cacho de periódico que volaba hasta él desde una ventanilla. Eran las horas de Gutiérrez un comentario interminable a la existencia que pasaba, y el sueño de Gutiérrez era que fuese necesario recomponer la vía o reparar la carretera, para tener un alma a quien oír o a quien hablar, fuera de la hoja de papel o el jefe de estación.

Un día, ¡día memorable!, pasó por allí un aeroplano; alguna vez los automóviles asombraron los campos con su vertiginoso trepidar. En ocasiones tales, el guarda-agujas se alelaba: él amaba el vivir, las correrías, la fuerza, el riesgo y el valor. Y, como era muy bruto, no se daba cuenta. Cuando miraba el tren, decía: «¡Si me matiera en ese tren!...» Al ver a los soldados viajando de un cuartel a otro cuartel, decía: «¡Si yo hubiera ido a la guerra europea!...» Cuando pasaba el auto, cuando el aeroplano cruzaba, Gutiérrez, con la enorme boca abierta, se veía volando, más que el chauffeur, y más que el aeronauta, y más que nadie... por ahí, por ahí, por ahí, ¡pum!, aunque reventara...

Y sonó la hora heroica. Un día llegó un peón caminero cuando él aderezaba su gazpacho. ¡Pudo hablar Gutiérrez! Y, zafamente, bravamente, ponderaba su brío y su aspiración. El se atrevía a todas las cosas.

—¿Tú te atreves...?

—Me atrevo.

—¿Tú haces esto?

—Yo, sí.

—¿Tú haces lo otro?

—Yo, sí.

Y porque ya nunca jamás hubiese duda de que Isidro Gutiérrez era capaz de toda hazaña inverosímil, propuso una pequeña apuesta:

—¿Tú ves este pimiento? ¡Yaya que me lo trago de una vez!

Era un pimiento formidable. Rojo, hinchado, pomposo. El peón hizo la apuesta. El bravo guarda-agujas abrió las fauces de león... Y no entraba el pimiento... Y él quería que entrase. Y el otro desistía. Y él apretó. ¡Y se ahogó!

Se ha ahogado heroicamente, y yo le doy la enhorabuena a este cadáver, porque sus alpargatas han llegado a tener la misma gloria que el coturno. Pío Baroja ha vestido las «tragedias grotescas» con el chaquet de los burgueses, y bien se pudo representar la de ahora en mangas de camisa.

Gutiérrez se aburría; tenía el instinto

de lo extraordinario; quería el escalofrío de la emoción: pudo dar mal la entrada al sudexpreso, pudo matar a cien turistas atravesando algún obstáculo en los rails, y se atraviesa una hortaliza en la garganta.

El final de este hombre tiene, además, el realce de su silencio y su altruismo. Estaba ya un poco harto de comer los pimientos picados, nadando en el aceite de

su gazpachejo. Quiso abrir nuevos horizontes a la alimentación de tanta gente presa en la inmensa libertad de los terrenos áridos; gente que nunca come carne; gente que come duro el pan...

Porque yo estoy seguro de que, si a la hora de la apuesta, se le presenta un hada bondadosa llevándole un bisté y un pan de Viena, no muere Gutiérrez...

Joaquín LOPEZ BARBADILLO



R. J. J. J.
1919

Por esta vez se han cambiado las tornas: no es la gente quien rinde pleitesía a una comedianta; es ella quien tributa su homenaje al público amigo y señor. En el teatro Esclava se ha celebrado una función cuyo atractivo principal era el obsequio de un retrato de Catalina Bárcena a cada espectador. Como ni en el teatro cabe todo Madrid, ni a Madrid puede venir toda España, la gran artista no se enojará porque nosotros amplíemos el regalo, enviando a todas partes este precioso apunte en que la encantadora actriz, la de la voz de plata, parece que está hablando.

NORMAS

Si de amigos falaces el cobarde abandono alguna vez te hace llorar, duda de todos los amigos, pero cree siempre en la Amistad.

Si de infieles amantes la traición y el engaño hacen sangrar tu corazón, duda de todas las amantes, pero cree siempre en el Amor.

Si las que tú tenías por verdades eternas son apariencias nada más, duda de todas las verdades, pero cree siempre en la Verdad.

Si ves cómo a los dioses quien invoca en el templo hace del ara mostrador, derriba templo, y ara, y dioses, ¡pero levanta, hermano, tu corazón a Dios!

Enrique RUIZ DE LA SERNA

EL LIBRO

Nietzsche y su epistolario

La ilusión consoladora

Nietzsche había escrito al barón de Gersdorff, refiriéndose a Wagner: «Es la encarnación de lo que Schopenhauer llama un Genio.» Y a Pablo Deussen: «Es el verdadero hermano espiritual de Schopenhauer, porque es, respecto a éste, lo que Schiller con relación a Kant. Un genio que ha sufrido el espantosamente sublime destino de venir al mundo un siglo antes de poder ser comprendido.»

El conocimiento de Wagner fué para Nietzsche la personificación de dos términos capitales de la filosofía schopenhaueriana: la lucha y el genio. He aquí, pues, el tránsito sutil del pesimismo al optimismo; la victoria del hombre sobre la Naturaleza.

En 1872 escribía a Erwin Rohde: «Doy por un espectador como Wagner todas las coronas que pudiera ofrecerme el presente, y tenerle contento es para mí la mayor emulación. Es difícil satisfacerle; dice siempre con sinceridad su opinión, favorable o no, y constituye así para mí una buena conciencia que castiga y premia.»

Veamos primero las coincidencias de aquellos dos grandes espíritus, para mejor apreciar luego sus divergencias. Ricardo Wagner había abandonado su socialismo romántico de 1848. Encontrábase en los días agudos de su aristocratismo; acababa de escribir, por indicación de Luis II, un compendio de metafísica social. Nietzsche fué hondamente sacudido por esa lectura. Jamás el problema de las masas fué tratado con más rudeza. Resumamos la página que Daniel Halévy dedica a ese estudio. Las masas son incapaces de todo fin noble. Así como los seres sirven a la Naturaleza sin comprender sus fines, la sociedad debe apoyarse en artificios semejantes, asegurando la sumisión de las masas por el fomento de las ilusiones, que equivalen al engaño con que las criaturas aceptan su lucha y su dolor por la esperanza de una felicidad siempre diferida. Por el instinto, la madre se sacrifica al hijo; la res, al rebaño. La principal de aquellas ilusiones conservadoras es el patriotismo, con el amor al rey, símbolo viviente de la patria. Pero la ilusión patriótica divide la Humanidad, favorece la crueldad y el odio, empuja a la guerra, y por ello se necesita otra ilusión, la ilusión religiosa, cuyos dogmas simbolizan la unidad profunda, el amor universal.

Mas el príncipe y sus consejeros conocen la verdad, la vida sin velos, con todo su horror trágico. El grande hombre se encuentra siempre en el estado en que un hombre ordinario desespera de la vida y recurre al suicidio. Por eso es necesaria otra ilusión consoladora para los hombres excepcionales, que serán autores y cómplices de ella: es el arte, que da a la vida las apariencias de un juego y transforma en imágenes ilusorias sus más temibles aspectos.

La primera conjunción de aquellos dos altos espíritus fué, pues, el aristocratismo, el desprecio divino a las masas. La segunda coincidencia fué la exaltación del arte como única ilusión capaz de triunfar sobre el concepto pesimista de la vida. En ese alborozo, en ese rayo de luz guiadora debía encontrar luego el filósofo su camino de afirmación y de fuerza.

«Habría de resultar poeta y no me sor-

prendería lo más mínimo», escribe a Rohlf por aquellos días (1871).

Ha llegado el momento de la primera gran obra de Nietzsche, la que sintetiza su primera época: *El nacimiento de la tragedia*. Y los dos espíritus que se fundieron en el de Nietzsche para producir la son esos dos nombres simbólicos: Schopenhauer, Wagner.

¿Wagner? ¡Ah! En el seno mismo de esa fraternidad inicial que unía a Nietzsche con Wagner sobre la visión transfigurada de la tragedia latía el germen de su futura y definitiva enemistad. Nietzsche sentía revivir en él la concepción de un eupátrida ateniense. Wagner era fiel a su estirpe bárbara, como un neófito de las primitivas selvas germanas, bautizado en el Rin mientras escuchaba todavía, absorto, el canto que subía de las aguas; coro de divinidades caídas que en el río sagrado guardaban para él el tesoro de las leyendas inmortales.

Junto a Wagner, su mujer, Cósima Liszt, aumentaba el prestigio de la atracción irresistible ejercida sobre Nietzsche. Cósima le regaló una edición francesa de Montaigne. «Ella fué imprudente aquel día—dice Halévy—; Montaigne es lectura peligrosa para un discípulo.»—«Me ha sido anunciada una magnífica visita—escribe Nietzsche a Malwida de Meysenbug en 1872—. La visita en sí: Wagner con su mujer.»

(Concluirá.)

Gabriel ALOMAR

Domingo zamorano

Es domingo. En el aire puro de la mañana, que huele a la paja de las eras, suenan las campanas de una parroquia. Por las calles, enlozadas de piedra, van pasando, con dirección a la iglesia, mujeres enlutadas, de recatado aspecto; caballeros graves, vestidos de negro; labriegos de tez cetrina, como vieja caoba, donde las facciones parecen talladas. Hay en el caminar reposado y solemne de estas gentes una gran dignidad, un decoro de personas ilustres, dueñas, desde hace siglos, de su voluntad. Sin prisa ni atropellamiento, como si el tiempo estuviera sometido a su albedrío, van a la iglesia, cuyos arcos románicos, desgajados por los siglos, llevan seis centurias de acogerlos.

A la puerta del templo acampan vendedores campesinos, que tienen delante de sí sus mercancías primitivas: montañas de uvas, melones, sandías, quesos frescos, rosquillas, almendras, huevos. Pasan los hidalgos frente a los puestos; a veces, se detienen y compran. El vendedor es muy parco en palabras; el marchante, más. El trato se realiza pronto, sin discusión ni algarazas. Cuando la campana cesa de tocar, los señores han entrado a misa, y en la plazuela, llena de claro sol, se oye sólo el zumbido de las avispas sobre la fruta.

Todo el pueblo de Zamora se ha reunido en la iglesia, como en pleno siglo XIII: señores, criados, artesanos, labradores, soldados, frailes. Fuera, ondula la estepa de Castilla, calva, reseca, ardiente. La torre de la Catedral, desmochada, empinase sobre las murallas para mirar al Duero, que allá abajo corre verdoso entre espadañas. El suelo que rodea el templo está erizado de cardos secos, de pedruscos calcinados por el sol, de terrones deshechos en ceniza. La cúpula de los cielos se agranda, gigantesca, en un deslumbramiento de luz y de transparencia. Todas las cosas muestran su relieve bajo el sol revelador que nada oculta.

Transcurrió una hora. La misa ha terminado. Los mismos hidalgos y pecheros tornan a pasar con impasible continente, que enfrenta a lo lejos el paisaje ancestral.

Los hidalgos entran en sus casas, don-

de les aguarda el yantar del mediodía. El campo, la caza, los juegos de carta, las devociones de la familia llenan las vidas zamoranas, que se han ido formando, a través de la Historia, entre guerras y privaciones.

El dominio de sí, la compostura, esa gravedad que admiramos en el castellano, sea cual fuere su condición, son cualidades destiladas gota a gota por los

siglos en un afanoso luchar contra pasiones y enemigos interiores. Sólo pueblos de tradición pueden llegar a la ecuanime impassibilidad del caballero. Un hilo sutilísimo une al Cid con los pobres pegujaleros de hogano, que guardan bajo el paño pardo las virtudes de la raza, adquiridas a lo largo de la Historia.

M. DE ALMAGRO SAN MARTIN

El borracho insaciable

Aquel horobrecillo que en el rincón del café paladeaba su tarro de cerveza, frente por frente a nosotros, estaba indudablemente embriagado... ¡Cuántos tarros de aquella cerveza negra había engullido desde que estábamos allí y antes de llegar nosotros! Los trasegaba ávidamente, casi de un sorbo, como si fuese capaz de apurar las más grandes medidas y aquellos altos vasos, que casi le ocultaban el rostro, le resultasen insuficientes. Pero ya estaba indudablemente borracho. Nos dirigía desde su asiento extrañas miradas; miradas de bebedor sentimental, inquietas y apremiantes; miradas que querían ser alegres y estaban arrasadas en llanto; miradas en las que se traslucía una gran vergüenza y un ansia irreprimible de hablar y de justificarse. Por último, ya no pudo más, y dejando su asiento llegó hasta nosotros, y pidiéndonos hospitalidad con un gesto tímido, se sentó en una silla próxima desocupada, y nos dijo:

—Ustedes perdonen, señores. Necesito hablarles unas palabras, explicarles por qué estoy solo en esta noche de alegría, en que todas las mesas están ocupadas por familias o por grupos de amigos. No quisiera que me tomasen ustedes por un viejo egoísta, avaro y seco; por un borracho solitario, incapaz de compartir con nadie su vino y su cerveza. Necesito explicarles por qué esta noche estoy solo, absolutamente solo, en la ciudad llena de grupos. Yo, señores, estoy solo, esta noche y siempre, desde hace ya mucho tiempo, precisamente por mi carácter demasiado sentimental. Yo siento, he sentido siempre tal ternura por todo, me he aferrado de tal modo a las cosas y a las criaturas, que nunca he sabido guardar en nada la justa medida, y he concluido por hacerme siempre insoportable. Los amigos huían de mí por el afán inmoderado con que quería retenerlos constantemente, como si nada tuviesen que hacer sino acompañarme; temían comprometerse aceptando de mí un aperitivo en las primeras horas de la tarde, seguros de que ya no querría dejarles ir hasta la madrugada. Las mujeres también temían el excesivo empalago de mi cariño, porque, como si fuese un expósito, nunca me cansaba de mirarlas, de acariciarlas, de estrecharlas las manos. ¿Verdad que es curioso? ¡Más que curioso, terrible! Por ese exceso de sentimentalismo no he podido tener amigos duraderos ni he podido casarme. ¡Qué mujer hubiera aceptado la unión con un hombre tan cariñoso! Y vean ustedes cómo, por mi funesta abundancia de ternura, me veo condenado al mismo castigo que los seres más egoístas; expuesto a que cualquiera que me vea, como ustedes esta noche, me tome por un viejo tacaño, por un solterón incapaz de amar a nadie. Precisamente cuando es todo lo contrario, cuando un amor pueril, si ustedes quieren, me sujeta a todas las cosas; cuando ninguna medida de amor ni de nada es capaz de colmar mi voracidad prodigiosa. ¡Si supieran ustedes el trabajo que me ha costado aceptar esta vida solitaria! Sólo que he llegado a cansarme de correr detrás de los otros, de suplicar, de retener. ¡Era tan poco lo que consentían en darme! ¡No que-

rían ser míos, como yo era de ellos! ¡Y yo, que lo dilapidaba todo en dádovas, tenía siempre que mendigar su compañía como un pordiosero. Pero al fin me cansé y puse todo el amor en mí mismo, convencido de que sólo yo puedo hacerme compañía. Porque, vean ustedes: ¡yo solo puedo abandonarme cuanto tiempo quiera a la contemplación de la hora que me cautiva, hundirme en un asiento así, poner mis codos sobre una mesa y apurar todos los vasos que se me antojan, en la seguridad de que no han de embriagarme, porque mi avidez es superior a todo! Si me acompañase ahora un amigo o una mujer, ya me habrían hecho levantarme o me habrían dejado solo, al fin y al cabo, hartos de permanecer en este sitio, donde llevo no sé cuántas horas. Pero yo no me canso nunca, no me canso nunca de nada. Y lo que más me atrae es el amor al tiempo, a la hora presente, que con un gesto mío puede convertirse en pasada. ¿Comprenden ustedes esto? Ahora mismo estoy aquí sentado y no me atrevo a levantarme por el temor de que al erguirme yo se quiebre esta hora delicada como ese disco de cristal que se nos cae inadvertidamente del ojo. Estoy aquí por amor a la hora y también a ustedes, señores; porque un gesto mío, el gesto con que me incorporo en mi asiento, les ha de matar irremisiblemente, les ha de hundir en el olvido y en la nada tan ciertamente como que yo en mi espalda no tengo ojos para verles a ustedes. Y permanezco aquí por una gran misericordia, por el anhelo de aplazar ese cataclismo. Porque todo esto ha de deshacerse, al menos ha de envejecer de un modo irreparable, en cuanto yo me aleje y tras de mí quede el ayer, tendido como ese paño enlutado con el que los acomodadores de los teatros envuelven los palcos apenas se alejan los espectadores...

Hizo el hombre una pausa y hundió el semblante en su tarro de cerveza. Era ya muy tarde. Los camareros empezaban a amontonar las sillas. Nosotros nos levantamos, muy contentos de aprovechar aquel paréntesis báquico para eludir discretamente al locuaz personaje, que ya empezaba a cansarnos, es decir, a mis amigos, porque yo le miraba con profundo interés. ¿No había mucho de verdad en lo que decía, mucho de aplicable a mí mismo? El observó nuestro movimiento, y con voz suplicante extendió las manos para retenernos y nos imploró:

—¡No se vayan ustedes! ¡Por favor, no se vayan! ¡Si ustedes se van, arrojarán sobre mí ese paño negro! ¡Me dejarán en el ayer irreparable, me envejecerán definitivamente! ¡No se vayan, por favor! ¡Me volveré a quedar solo y tendré que llorar su ausencia, porque ya les había tomado un cariño profundo! ¡De veras, que lloraré si se marchan! Y, además, ¡no olviden que todo esto va a deshacerse al punto y que sus escombros caerán sobre mí!

Imploraba así el borracho, dificultando nuestra evasión. Pero en aquel instante el camarero le quita el vaso consumido y se dispuso también a quitarle

la silla, murmurando a su oído el tradicional

—¡Que se va a cerrar!

El vejete hizo un gesto de despecho. —¡Ven ustedes!—exclamó—. ¡Que se va a cerrar! Y no habrá más remedio que irse. ¡Sí, ya me voy! Todo esto se derrumbará. Nosotros todos envejeceremos. ¡Pero esto es intolerable! ¡Hacerme levantar cuando aun no había empezado a saborear mi brebaje, cuando empieza a despertarse mi sed! Está visto. ¡No tendré más remedio que irme por las calles, hacia los descampados, donde no hay puertas que se quierren ni abran, y calmar allí mi sed en las fuentes públicas, llorando por todos vosotros y por este café tan alegre, que en cuanto yo vuelva la espalda sólo será una ruina!...

R. CANSINOS-ASSENS

La poesía y la vida

La poesía es el esfuerzo feliz del hombre por prolongar su ser; por dar a accidentes, a recuerdos, a proyectos, a pasajes el molde de su alma. Y en esta bella y suprema fórmula, donde la fugacidad inexorable se une al anhelo de ser intenso y de quedarse siquiera un momento más en la vida, está el yacimiento pristino de la belleza.

Pero el espíritu sufre también espejismos, e infinitas veces, en la aridez de la extensión y en el ansia de la sed, cree ver manantiales allí donde, si los hubo algún día, sólo resta un seco y engañador brillo. Estos lugares comunes de la poesía todos los conocemos: en el amor, en el campo y en la muerte se encuentran con triste abundancia.

Viene el mal del absurdo propósito de inventar la poesía, cuando el artista no es sino transmisor milagroso, merced al cual adquiere lo cotidiano atributos de eternidad. ¡Menguada época aquella que supone ver la cifra de su poesía en épocas pasadas! Cantamos la muerte como algunos cobardes se suicidan por miedo de no saber vivir.

Proceden los poetas inversamente que los árboles: cuajan de los frutos la flor. Y del fruto de los dolores, de los amores, del egoísmo y la generosidad, de los anhelos fallidos y de los triunfantes, de la trepidación de una vida en que sólo lo accidental cambia, mientras los resortes cardinales—idealidad, sensualidad, necesidad, miedo—perduran, debe nutrirse la poesía.

Si, torzámosle al cisne «de engañoso plumaje» su cuello de góndola. Rime-mos nuestros ensueños con el ritmo de nuestra vida. ¡Porque si en la vida que nos hacemos no hay nada digno del cantar, no somos poetas! La lección de amor no tiene siempre por escenario el parque; desde el dolor metafísico de Amiel al dolor del recental apartado de la vaca materna, la gama es infinita, y en cada matiz puede caber un espíritu plenamente.

¡Poesía de la fábrica, poesía de los suburbios, poesía de los burgueses, poesía del lujo, poesía del hambre, poesía de la máquina—esfuerzo terrible del hombre por infundir alma a la materia—, tú eres nuestra verdadera poesía! Tus vetas de oro están en la mina de la existencia esperando la vista aguda, el ánimo estorzado, el brazo fuerte. No confundáis, poetas, las fuentes cuyas aguas satisfacen la sed, con los vanos mirajes, recreos de la inteligencia, miseros juegos del entendimiento.

Y si queréis un nombre para grabarlo en vuestra divisa, poned el de Emilio Verharen, hombre-poeta, cantor de las tentaculares urbes y las alucinadas campiñas, que, fiel a su destino, pereció en el organizado caos de una estación bajo la férrea y vertebrada mole de un tren, cual perecían los hijos de Saturno bajo sus fauces.

A. HERNANDEZ CATA

ENFERMOS A LA MODA

Ha surgido una nueva enfermedad: la encefalitis letárgica. Lo que sea, no significa gran cosa; lo importante es que para los eternos perseguidores de la moda, en esto de las enfermedades, hay algo nuevo, algo con que darse tono ante aquellas amistades y conocimientos que no pasaron de unas calenturas o, lo más, de un cólico, que puede adquirir cualquiera en cuanto se lo proponga.

—Una enfermedad nueva! ¡Ahí es nada cuando se quiere seguir la moda! Lo malo, para los verdaderos elegantes, sería si cuatro cursis se aprovechan de la encefalitis, y, ¡adiós elegancia de la misma!

—Eso, debería ser acción del Gobierno, si en este país se hicieran respetar las clases. ¿Cómo voy yo a tener la misma enfermedad que mi portero?

—Hombre, también él puede caer en un letargo.

—Por el vino; pero no porque esté capacitado para tener una enfermedad que aun no está bien definida. ¡No faltaba más!

La gente que pretende ser elegante, hasta poniéndose mala tiene buen cuidado de no elegir enfermedades vulgares, y los que pagan las primeras consecuencias de sus elegancias son los médicos que tienen la desdicha de asis- tirlos.

—Mire usted, doctor: no sé qué siento aquí.

—¿Va usted a cantar el «Chateau Margaux»?

—Tengo síntomas muy raros. Unas veces, frío; otras, calor; otras, ni frío ni calor, y como ganas de comer algo. ¿Qué será esto último?

—Cuidelo como apetito, y ya verá. ¡No falla la receta!

Las personas verdaderamente distinguidas padecen síntomas que causan gran alarma a sus familias, si bien reconociendo desde luego que aquéllas no pueden sufrir de una vulgaridad cualquiera.

—¿Cómo está el ilustre hombre público don Homobono?—preguntan en la casa de uno de esos seres pequeños que hacen un gran papel en la política, ante el estupefacto país.

—Mal; desde que se retiró del Congreso, enfermo, no ha pronunciado siquiera ni la palabra sindéresis, que es una de sus favoritas.

—El médico, ¿qué dice?

—Que, a su juicio, tiene una materitis aguda.

—¡Caray con el diagnóstico! ¿Eso qué es?

—Parece ser que, mientras pronunció su discurso, poniendo en un aprieto a la Comisión de Presupuestos, uno de los maceros le estuvo haciendo gestos, que él interpretó como burla, y de ahí le vino el ataque.

—¿Y qué le han recetado?

—El doctor opina que se le pasaría dándole a morder un macero; pero es difícil, porque hemos comunicado el caso al presidente del Congreso, y éste nos ha

oficiado que ninguno de ellos se presta a ejercer de medicina. ¡Un verdadero escándalo!

—Verdaderamente, una falta de consideración, porque, al fin y al cabo, se trata de un diputado que es uña y carne de Allendesalazar.

—¡Es natural!

El caso es que el respetable don Homobono no mejora, y su familia, para curarle, tiene que acudir al subterfugio de contratar a un mozo de cuerda, vestirle con una dalmática, que alquila a un sas-

un botón dentro. No nos podemos explicar qué es.

—¿Subir? ¿Bajar? ¿Oprimir un botón? ¿No será que su papá se ha tragado un ascensor?

No sé si la encefalitis letárgica se pondrá de moda o no; pero que es una enfermedad que, cultivada con habilidad, es la mar de útil y provechosa, no cabe duda.

Dormir... dormir, que dijo Hamlet, si lo dijo. ¿Cabe mayor recurso para un señor que tenga pendiente la cuenta de la

MANIQUÍES MASCULINOS

¿Qué tipo de hombre gusta más a la mujer?... ¿Un poeta?... ¿Un militar?... ¿Un elegante?

Una revista inglesa dirigió la anterior pregunta a varias escritoras de su país, acompañando los retratos del poeta Shelley, de lord Leighon y del general Kitchener.

La baronesa de Orszy contestó:

La pregunta es muy intrincada, porque no basta con retratos. Pero, en fin, observando atentamente los de estos caballeros, se ve que aquellos de facciones regulares son los que tienen menos carácter. Entre ellos veo a lord Leighon, amigo de mis días juveniles. No titubeo en declararle mi favorito. Su rostro era, en efecto, verdadero reflejo de su personalidad encantadora. Vigorosa, sin demostrar carácter agresivo. Artística, sin ser afeminada. De brillantes facultades mentales, aunque sin la menor huella de amor propio y dotado de ese moderado buen humor que es el mayor encanto del hombre.

La señora William-son dijo:

Yo creo que el instinto de nuestra raza y nuestra subconsciencia nos inclinan, como mujeres, a preferir al hombre de tipo militar. Pero, naturalmente, el tipo ideal ha de reunir vigor físico, viva inteligencia y alma romántica.

Si hubiese tenido que elegir marido entre los señores de los retratos, (hubiera preferido a lord Kitchener. Poséa un alma

romántica, tan romántica, que no encontró ninguna esposa. Hombre de vasta inteligencia, supo demostrarlo de muchos modos, entre otros, estudiando los idiomas y aun los corazones de los habitantes del Desierto. Además, no hay que decir qué clase de militar era.

Clara Sheridan opinó así:

A mi juicio, no hay ningún tipo entre estos señores que pueda compararse al del poeta Shelley. He vivido en su quinta de Italia, donde absorbí, en lo posible, todo lo referente a su persona y a sus escritos. ¡Qué carácter! ¡Cuán idealista y democrático era! Me hubiese encantado haber sido su esposa. Estoy segura de que lo habría comprendido.

La famosa pintora Enriqueta Rae envió la siguiente respuesta:

Yo elegiría entre todos a lord Leighon, porque por algo soy pintora. Y eso que el retrato que envían les de poco antes de su muerte, y ya está viejo y fatigado. Pero como le conocí en su juventud, declaro que la belleza intelectual de este hombre reflejaba el encanto de su carácter.

¡Vaya usted ahora a redactar, ante estas conclusiones, el *Perfecto arte de elegir marido*!... ¡Mujeres! Variedad, indecisión, complejidad... Y de repente llega un hombre, tosco, pusilánime, prosaico... Ni el militar, ni el dandy, ni el poeta... Y se las lleva.

Efemérides gráficas



DIA DOS DE MAYO DE 1808. EN MADRID.

Pelean los patriotas con los franceses en la puerta del sol.

Estampa popular de la época.

De la colección Sirabegne.

tre de teatros, y presentarse al enfermo.

—Mira, mira, Homobono, aquí tienes al macero infame que te hace burla. Anda, muérdele un poquito.

—¡Hum! ¡Hum!

El respetable padre de la patria clava sus dientes en el cogote del desgraciado mozo de cuerda; el cual, creyendo que el enfermo aprieta más que el precio convenido de cuatro pesetas, le larga un puñetazo, diciendo:

—¡Eh! Clava los dientes como si yo fuese un bistecue. ¡El demonio del hombre! ¿Qué se ha creído usted?

¿Qué hacer cuando se presenta una de estas enfermedades poco comunes? Si la persona que la tiene es de buen gusto y muy a la moda, explotarla, no sólo él, por la importancia que le supone estar enfermo de alguna dolencia no vulgar, sino también su familia, que tiene buen cuidado de ponerlo inmediatamente en conocimiento de sus amigos para darse un poquillo de jabón.

—¿No sabe usted? Estamos contentísimos porque papá tiene una enfermedad muy rara. Como el pobre es tan exquisito, si cae con una de esas enfermedades corrientes y molientes que puede tener cualquiera, a estas horas estaría poseído de una rabia atroz.

—¿Y qué siente?

—Algo así como si por el tubo digestivo le subiera y le bajara una cosa. A veces dice que siente como si le oprimiera

tienda, por ejemplo, y se encuentre en un brete para poder pagar?

—No le hemos ido a pagar a usted—se le dice al dependiente, que se halla en el recibimiento reclamando la deuda—porque el señor, ¿sabe usted?, está dormido.

—¡Caray! Pues ya puede usted despertarle, porque... digo yo que las cuatro de la tarde es una hora muy decentita. ¡Si tuviera que trabajar no se le pegarían las sábanas así!

—¡Calle usted, desgraciado! Es que padece una enfermedad que le hace estar durmiendo desde el jueves.

—¿Sí? No diga usted más. Entonces ya sé lo que tiene.

—¿El qué?

—Una borrachera tremenda. Pues díganle cuando tenga a bien abrir los ojos, que mi principal me ha dicho que de él no se burla ningún señor, aunque lleve el bigote recortado.

—Es que el sueño...

—Vaya, abur. ¡Ah! Y en vez de hacer pedidos a la tienda, más le valía tener en casa un par de botellitas de amoníaco. ¡Nos ha fastidiado el bello durmiente éste!

Terrible cosa es una enfermedad vulgar; pero las otras, ¡oh!, las otras son una delicia; sobre todo cuando se las administra bien... como hace la mayoría de los atacados.

A. R. BONNAT

SHIP

EL NIÑO QUE QUISO SER GIGANTE

— CUENTO INFANTIL —

Vamos a contar el cuento de Pedrín, el niño que quiso ser gigante, y de tres gigantes de verdad: Gigante-Grüñe, Gigante-Aplasta y Gigante-Pelos Tiesos.

En los tiempos en que había gigantes por el mundo, un niño que se llamaba Pedro vivía en un lugar donde las gentes eran buenas y pacíficas y adonde jamás habían llegado los gigantes. No había pueblo más feliz que aquel pueblo; los leñadores iban al bosque sin temor a los ladrones; las pobres viejas volvían a cualquier hora con su carga de leña sin que nadie se la quitara, y los viajeros andaban por todos los caminos del lugar sin miedo a los salteadores, ni a las brujas, ni a los gigantes. Todos pasaban el día trabajando, cada cual en su faena, y por la tarde se reunían en la plaza del pueblo los mozos y las mozas para bailar, y los demás para estar de charla, en corro, viendo bailar a los muchachos y bebiendo jarros de sidra.

Solamente Pedrín vivía contrariado, porque en su pueblo no había gigantes, como en todos los pueblos de los cuentos. Eso de que no pudiera él cargar con una casa, beberse un estanque entero de un sorbo y arrancar de cuajo una chimenea para hacerse una flauta, traía a Pedrín de mal talante.

¡Tan divertido como sería arrancar un árbol de raíz para espantar a las moscas, engullirse un carnero como si fuera una aceituna, coger la campana de la iglesia, sin más que alargar el brazo, y empezar a tocarla muy fuerte para asustar al sacristán!

Así pensaba Pedrín a cada paso, cuando, de pronto, un día aparecieron unos gigantes por el pueblo: Pelos Tiesos, Aplasta y Grüñe-Grüñe.

Se zamparon diez sacos de castañas como si fueran cañamones, cuatro fanegas de acerolas como si se tratara de anises y, para postre, una carreta de uvas cada uno. Al terminar, arrancaron la veta de la torre para que les sirviera de mondadientes.

El pueblo no sabía qué hacer para librarse de aquellos energúmenos; pero Pedrín, en cambio, quería volverse como ellos.

—Y que no se dan buena vida, que digamos! Ni tienen que trabajar, ni tienen que hacer nada más que comer lo primero que se les antoja, pasear y dormir a sus anchas.

En casa de Pedrín tenían muy escondido un libro de brujerías de su abuelo, que había sido mago. Logró el niño cogerlo y se estuvo hojea que te hojea y busca que te busca hasta que dió con un capítulo entero que decía:

Receta para que un hombre se convierta en gigante.

Pedrín leyó con sus cinco sentidos lo siguiente:

«Váyase al bosque un lunes, por la noche, con una sogá, una pizca de sal y una cebolla cruda. A media noche cómase la cebolla, espárzase la sal y dense siete saltos como con la sogá. Entonces dígame esta palabra mágica:

PATRASOLIFUTRIKATRAMETRIFÚ,

y el que la diga se verá convertido en gigante.»

Pedrín copió letra por letra cuanto mandaba el libro, y fué reuniendo la cebolla, la sal y la cuerda para tenerlo todo listo cuando llegara el lunes. Un poco le fastidiaba eso de tener que comerse la cebolla, porque no le gustaba nada, y más de una perra le había costado en su casa esta cuestión, porque se empeñaba en no comer cuando su madre guisaba con cebolla alguna cosa; pero, ¡qué demonio!, el que algo quiere algo le cuesta, y ser gigante no es así un grano de anís para que vaya a conseguirse de cualquier manera. ¡Bien merecía la cosa algún mal trago!

Llegó el lunes; se fué Pedrín al bosque, y al sonar la primera campanada de las doce hincó el diente a la cebolla, vertió la sal, dió siete saltos con la sogá y repitió tres veces el conjuro: Patrasolifutrikatrametrifú.

—¡Ayayay!!!

Periquín lanzó un grito atroz, y era que, como estaba debajo de un árbol y dió un estirón de pronto al volverse gigante, se pegó un calabazazo tan tremendo contra las ramas de arriba, que se le levantó un chichón del tamaño de una sandía.

—Iré a mi casa por una venda y un poco de árnica—se dijo Pedrín, palpándose el chichón gigantesco.

Pero como ahora era gigante, ni cabía por la puerta ni cabría en su casa misma. No le quedaba más remedio que marcharse a dormir con los gigantes y lavarse el coscorrón con agua del río.

Cuando los gigantes vieron llegar a otro gigante nuevo se pusieron a rebufar, a cuchichear entre sí, a mirarle foscamente y a hacer unos extraños gestos que eran muy poco tranquilizadores.

—¡Hola, amigos! ¡Aquí estoy! ¡Vengo a vivir con vosotros!—dijo Pedrín-Gigante, satisfecho.

—¡Pues maldita la falta que haces!—contestó Gigante-Grüñe, con mal modo.

—¿Qué se te ha perdido aquí?—preguntó Pelos Tiesos.

Y Gigante-Aplasta añadió:

—Ya éramos tres, y los tres podríamos ir pasando en este pueblo, pero si ahora vienes tú, sin que nadie te haya llamado, empezarán a alarmarse en el pueblo creyendo que cada día va a venir un gigante nuevo, y acabarán por irse a otra parte y dejarnos a todos sin comer.

Discutieron un poco, pero al fin acabaron por admitirle como compañero y dejarle una cueva para dormir.

—Mañana, lo que haré será otra cosa—pensó Pedrín, a quien aquello de dormir en el suelo de la cueva le resultaba bastante más incómodo que dormir en la cama de su casa—. Por el día seré gigante; pero por la noche seré Pedrín y me iré a dormir a mi cuarto.

Pero no tenía el libro y no podía cogerlo ni dar a nadie el encargo de que se lo llevara para ver cómo podía volver a ser niño como antes. Decididamente tenía que ser gigante... Bueno; pues lo sería. Y se durmió al fin tranquilamente.

Al amanecer del día siguiente le despertaron los otros compañeros para que fuera a coger leña; habían determinado que Pedrín sería el encargado de buscar lumbre, porque Gigante-Grüñe cojeaba de un pie y era mejor que se quedara cuidando de la comida, mientras Gigante-Aplasta salía en busca de comestibles y Gigante-Pelos Tiesos arreglaba la cueva, que estaba en mal estado y muy incómoda.

Pedrín vió entonces que le reservaban la peor parte del trabajo y que le habían dado la cueva más pequeña: una cueva en la que, siendo, como era, tan gigante, no podía estirarse del todo y tenía que dormir con las piernas encogidas.

Tantos fueron los contratiempos e inconvenientes, y tantas las molestias, que pronto acabó Pedrín por pensar que la suerte de los gigantes no era tan envidiable ni tan entretenida como él se figuraba.

Decidió, en vista de ello, irse a dar una vuelta por el pueblo, para divertirse, en vez de estar sirviendo de criado a los otros gigantes. Pero entonces sucedió que todos corrían llenos de pánico al mirarle. Sus amigos apretaron a correr en cuanto vieron que el gigante se acercaba hacia ellos, y no se atrevieron a salir a la calle en todo el día, creyendo que el gigante quería echarles mano.

Lo mismo pasó con los criados de su casa: apretaban a correr despavoridos en cuanto veían aparecer al gigante, y de nada valía que Pedrín los llamara por su nombre para que no tuvieran miedo y vieran que se trataba de una persona conocida, porque les daba más miedo aun ver

que el gigante los conocía, y, seguros de que era a ellos a quienes buscaba el monstruo, no había modo de calmarlos. A Pedrín todo se le volvía gritar:

—¡No seáis tontos! ¡Que soy Pedrín! ¡Que no soy un gigante!

Pero, sí, sí; tenían tanto miedo y corrían tan frenéticamente, que ni siquiera se enteraban de lo que les decía.

—¡Qué mamelucos!—gritó Pedrín, a quien le estaba ya cargando tanto contratiempo. Y se fué rabioso a la cueva, pegando puntapiés a las piedras, de rabia que le daba tener que volver con aquellos tíos y pensar que ya no podría entenderse mas que con ellos.

Cuando llegó adonde estaban los gigantes, oyó que Gigante-Aplasta decía:



—Hoy saquearemos la casa aquella que está junto al molino.

Pedrín conocía la casa: era la de Marta, una pobre viuda que no tenía para vivir mas que su casa y lo poco que le daba la huerta, y se indignó al ver lo que estaba tramando aquel bruto.

—¡Eso sí que no!—exclamó Pedrín saltando en medio de los tres gigantes.—¡Quítad a los ricos lo que queráis; pero no os metáis con una pobre vieja, sola y sin dinero.

Los tres gigantes fruncieron el entrecejo de mal modo, pero no se atrevieron a reñir con Pedrín, porque como no le conocían ni sabían de dónde venía ni de qué casta era, temieron que fuese más fuerte que ellos o que conociera algunas mañas que ellos no supiesen. Algo habría cuando amenazaba a los tres juntos. Quizá tuviera la fuerza en el bulto aquel de la cabeza. Por sí o por no, renunciaron a robar en la casa de Marta; pero juraron matar a Pedrín cuando no pudiera defenderse.

En cuanto Pedrín se durmiera quemarían leña húmeda dentro de la cueva, para que se llenase de humo; taparían la entrada con una piedra enorme, y de este modo, cuando se despertara medio asfixiado, tendría que entretenerse en quitar la piedra para poder salir, y se ahogaría con el humo antes de conseguirlo.

A la noche siguiente todo lo tuvieron

Gigante-Grüñe echó a correr, porque era un grandísimo cobarde, y no se le vió más, y Gigante-Pelos Tiesos cayó al mar y se ahogó.

Pedrín, a todas estas, estaba también a punto de perecer como sus compañeros, porque se había despertado y por muchos esfuerzos que hacía no lograba mover la piedra.

Estaba ya en el colmo del apuro cuando oyó el vocerío de la gente, que se acercaba a las cuevas para ver si exterminaban también al cuarto gigante.

—¡Socorro, socorro!—gritó Pedrín todo lo fuerte que pudo.—¡Quítad la piedra, que me ahogo!

Pero la piedra era tan grande, que no podían alzarla entre todos. ¡Qué habían de poder, si a los tres gigantes juntos les había costado un trabajo terrible moverla, con la fuerza que tienen los gigantes!

Pedrín estaba ya que no podría respirar ni dos minutos.

—¡Anda y págalas todas juntas!—gritaban los del pueblo.

El les dijo entonces que no había hecho nada, que él no era gigante, que era Pedrín, que se había convertido en gigante porque lo había leído en un libro de su abuela; pero que estaba arrepentido, y, si pudiera, volvería a ser como siempre.

La abuela de Pedrín, que lo oyó, se adelantó entonces y dijo:

—Yo sé cómo se puede deshacer el encantamiento; así, que lo mejor es decirse lo, y si es mi nieto de verdad, se convertirá en Pedrín y podrá salir de la cueva escurriéndose por cualquier agujero.

Así lo hicieron; la manera de convertirse en hombre otra vez el que antes se hubiera convertido en gigante, consistía simplemente en repetir tres veces las palabras «Gepusa, Gepunka, Guepica». No podía ser más fácil; pero ¡para sabido!

Pedrín las repitió tres veces, y como en seguida se encontró pequeño otra vez, pudo salir por un huequecillo que sobraba para dar paso a un chico, pero que no bastaba para dejar pasar ni el brazo de un gigante.

Cuando ya estuvo fuera pensó que aquellos soldados se lo llevarían preso creyendo que habría hecho muchas fechorías de gigante; pero Marta, la viuda que vivía en la casa de al lado del molino, refirió entonces todo lo que Pedrín había hecho para salvarla, y que ella había oído, temblando, oculta entre unas piedras, la conversación de los gigantes el día en que quisieron asaltar su casa, y contó cómo Pedrín la había salvado.

Gracias a eso fué perdonado Pedrín, y el pueblo todo, contento por haberse li-



preparado; Pedrín se metió en la cueva más temprano que de costumbre, porque quería matar el mal humor durmiendo a pierna suelta.

Pero entonces ocurrió algo que no esperaba ellos: el ejército del Rey había llegado para exterminar a los gigantes.

El primero que cayó fué Gigante-Aplasta. Se encontró solo frente a los soldados, y aunque quiso arremeter contra todos, maza en alto, peleaban los enviados del Rey con tanta valentía, que no pudo resistirlos y cayó atravesado por las lanzas.

brado de los gigantes y satisfecho por el buen corazón de Pedrín, le acompañó cantando y vitoreándole y aplaudiéndole hasta la puerta de su casa.

Allí sus padres le estuvieron fregando con jabón tres días seguidos, porque estaba como un tostón del humo de la cueva, hasta que le dejaron bien limpio, reluciente y colorado.

Este cuento se ha acabado.

Manuel ABRIL

Dibujos de BARTOLOZZI.

MAJESTAD Y DOLOR

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Tres fases de una vida intensa y dilatada.—La hermosura radiante, el esplendor del trono, la triste ancianidad.

Cuando el director de EL IMPARCIAL, presentándose los tres retratos de la augusta viuda de Napoleón III, en que parecen condensarse tres épocas de su vida—la juventud de la señorita de Montijo, el esplendor de la Emperatriz de los franceses y la ancianidad augusta de la Soberana destronada y de la madre sin consuelo—, me pide unas cuartillas para ofrecer a los lectores de *Los Lunes* las tres distintas fotografías, no puedo por menos de pensar en la distancia inmensa que media entre lo grande del asunto y la pequeñez de mis medios. Es la figura de la condesa de Teba histórica tanto como novelesca—en la acepción más alta de esta palabra—, de todas las figuras femeninas que han pasado por la Corte de Francia, acaso la que más ha inspirado las plumas de historiadores y de literatos; la antología de los libros y artículos por ella sugeridos sería extraordinariamente voluminosa; y aun descontando los primeros, ¡cuántas plumas excelsas han contado en artículos y poesías la belleza y los dolores de esta grande y compleja figura!

Y como no cabe abarcar en los estrechos cauces de una crónica volandera ni tan sólo una pequeña parte de esta vida, tan pródiga en sucesos y emociones, cabe preguntar con M. Imbert de Saint-Amond: «¿Quién inspirará mayor interés a los lectores? ¿La desposada en la iglesia de Nuestra Señora? ¿La castellana de las Tullerías? ¿La mujer intrépida que en el momento en que acababan de estallar las bombas Orsini sube pálida, pero impasible, la escalinata del teatro de la Opera, apoyando un brazo en el del Emperador y levantando con el otro la cola de su vestido ensangrentado? ¿La Soberana, émula de las Hermanas de Caridad, que en el momento en que sale del hospital de San Antonio, adonde ha ido a visitar a los coléricos, ve que las mujeres del pueblo, admiradoras de su valor, corren a su encuentro para cortar los volantes de su vestido y conservarlos como reliquias? ¿Es la Juno descolando cuando la Exposición de 1867 en un Olimpo de Emperadores y de Reyes? ¿Es la maga coronada que, cual fantástica aparición, preside las fiestas orientales con que se celebra la apertura del Canal de Suez? ¿O la madre que se arrodilla y reza en la Zululandia, en el sitio mismo en que su hijo, después de luchar como un león joven, ha sucumbido?»

«Lo que la posteridad mirará con preferencia—ha dicho el autor de *Les Femmes des Tuileries*—en la cabeza de la Emperatriz no es una corona imperial, sino una corona de espinas.»

¡Pero se ha escrito tanto de estos augustos dolores! Cada vez que la ex Soberana ha traspuesto los umbrales de su palacio de Famboury, ya para surcar los mares a bordo del «Tisble», ora para buscar la placidez tranquila de su villa de Cap-Martin, o para contemplar desde los balcones del hotel Continental los jardines de las Tullerías, o bien para recordar la juventud lejana en tierras de España, las plumas de los más ilustres escritores han rendido a la Emperatriz errante el tributo de su respeto y de su simpatía. Y muchas veces, recreando mi espíritu en estas lecturas, me he formulado la siguiente pregunta: ¿A qué renovar en el alma lacerada de la augusta señora el

recuerdo de sus penas? ¿Por qué repetir una y otra vez la larga lista de los trágicos sucesos de su vida?

«Todos hablan de mí—ha dicho un gran filósofo moderno—, todos hablan de mí cuando se sientan por la noche alrededor del hogar. Hablan de mí; pero nadie piensa en mí...»

Por esto yo he querido buscar en los recuerdos gratos de la vida de la condesa de Teba algún episodio que haga vibrar su corazón, no con espasmos de tragedia, sino con placidez idílica; y he hallado un bello romance que en el año 1845 dedicaba el marqués de Molins, entonces D. Mariano Roca de Togores, a doña Eugenia de Guzmán, tal cual se nos ofrece en el retrato ecuestre que acompaña a estos renglones. En la imposibilidad de transcribirle íntegro, daremos sólo lo más interesante. Dice así la castiza y bellísima poesía del aristócrata:



«En una hermosa floresta donde con sombra perenne impenetrables encinas cubren la alfombra de césped, por gozar el aura pura y dar tregua a los corceles, paso a paso van llegando los cortesanos jinetes. Al insólito bullicio dejan el pasto los bueyes, y de rama en rama vuela el pintado martinete. En vano, Eugenia, procuras alcanzar sus giros leves, y suelta al corcel la brida, el aire rápida hienides; que él sigue tus movimientos: corre, huye; paras, vuelve; ora al cielo se levanta, ora a la grama descende,

El académico aristócrata—que en aquellos años no figuraba aún entre los inmortales—describe así la gentil figura de la noble dama:

Al cinto la roja banda y puesto al hombro el mosquete, audaz guerrero te juzgan y tu noble arrojo temen.

Tus miradas son tus armas. ¿Quién las vió de mejor temple? Son tus años juveniles tus encantados jaeces. ¿Ni para qué más hechizos que no contar diecinueve?

Y presintiendo el futuro destino de la condesa de Teba, termina el romance con estos proféticos versos:

Que los sueños placenteros coronen tus puras sienes y un porvenir te descubran tan fausto como el presente.

Así cantaba el marqués de Molins las incomparables gracias de la futura Emperatriz de los franceses, que acaso con aquel mismo atavío de elegante e intrépida amazona se presentaba años más tarde en las cárceles de Fontainebleau

hojas secas caídas crece de su propio jugo, de igual manera el alma se engrandece con todas las esperanzas destruidas y todos los afectos heridos.»

¡Larga e intensa vida la de la augusta española que hoy vuelve al suelo amado de la vieja España, la que vió el esplendor de sus dorados años, la que miró orgullosa cómo subía los peldaños de un trono el leve pie de aquella Galatea aristocrática, la flor más bella y grácil de los pomposos cármenes granadinos; la que después sentía repercutir en lo más hondo del alma nacional las atroces tormentas dolorosas que

se llevaron la ventura de la Soberana, la madre y la mujer! ¡Larga e intensa vida la de la Emperatriz! Todos los poetas más excelsos la cantaron. Todas las ilusiones más risueñas amidaron en su gran corazón. Todas las



penas más crueles hicieron presa en su espíritu fuerte. Hoy, en el declinar majestuoso de su existencia, todos los afectos de un pueblo sentimental, generoso e hidalgo, que es el suyo, se rinden a sus pies.

MONTE-CRISTO

ASÍ SON LAS MUJERES

Esas y las otras

—Toma... Porque usted no ve más que las bullangueras; esas del Ritz, del Palace, de la Castellana, de los estrenos. Y, además, porque las ve usted a la «hora dorada»: lujosas, enojadas, sonrientes... Así, ¡claro!...

—Si ya sabemos que hay «las otras», las obscuras, las malvestidas, las sacrificadas. Pero no discutimos sobre el accidente, sino sobre la esencia. En todo tiempo hubo mujeres que volaron, en alas del azar, de la miseria a la fortuna, y viceversa. Ahora, con las nuevas ricas, el primer caso se repite mucho. Lo que yo digo es que las mujeres son, fundamentalmente, rutinarias; esto es, que limitan sus sensaciones.

—Si no se explica usted...

—Más claro: las mujeres tienen más imaginación que los hombres, muchos más medios «sensitivos» que los hombres, campo más extenso de emoción que los hombres. Y emplean tan disparatadamente sus facultades, que limitan su vida a cuatro o cinco cosas. Yo las llamo «latifundistas» de la emoción. Da rabia ver tantos inmensos predios emotivos completamente eriales, sin un árbol, sin una mata...

—Conformes, hasta cierto punto. La frivolidad femenina no es tan tópico

EL PAJE MUERTO

como se cree. Es un hecho que las mujeres son más ligeras, menos reflexivas, más «cabezas a pájaros» que los hombres. Es también un hecho que propenden al localismo, a no atender sino a las cosas que las rodean, a esquivar los problemas generales, abstractos, objetivos. Las mujeres son individualistas. ¿Por falta de meditación? ¿Por sobra de personalidad? Eso habría que averiguarlo. Los poetas y psicólogos femeninos más perspicaces acaban por decir, con Plutarco, la ironía de Sócrates: «Lo único que sé es que no sé.»

—Ignoro hasta qué extremo pueda afirmarse el individualismo de las mujeres. Creo, por el contrario, que casi todas se inclinan a las vaguedades. Me parece que hay más determinismo, más superstición, y, por tanto, menos personalidad en ellas que en nosotros. Concedo que seamos más egoístas...

—Mucha galantería es esa. Creo que, tocante a egoísmo, allá nos vamos. Pero a lo que iba. Las mujeres se ocupan demasiado de unas cosas y nada de otras. El amor... El tocado... El ensimismarse... «¿Cuándo se ocupa una mujer de lo que no es ella?», dice Goethe en una de sus cartas a Eckermann.

—Una chuscada de Goethe. Precisamente las mujeres se ocuparon de Goethe más que de sí mismas. Y en el mundo hay algo más que intrigas amorosas. Hay arte, ciencia, literatura, campos, fábricas, talleres, viajes... Hay algo más que hombres: niños. Algo más que modistas y salones: talleres, museos, hospitales, escuelas, servidumbres, incompreensión, dolor remediable...

—Total, sociología; ¿no? Viene usted a sacar a las mujeres del teatro para que visiten hospitales y escuelas... Pero, hombre, ¡si ya las visitan! Intenta usted que dejen el tocador y salgan, hechas adelfos, a renovar las «rosas de Hungría». Está usted fresco...

—Demasiado sabe usted que eso que llama en burla sociología no llega a las mujeres sino por el mandato de la moda. Aparte de que no es sociología, sino toda una serie de problemas intelectuales artísticos, sentimentales; en una palabra, emocionales. Y yo digo: esos latifundios femeninos, ¿no debieran ser expropiados en bien de todos, singularmente en bien de las mujeres?

—Algo de eso le pregunté, no ha mucho, a una amiga mía, mujer de gran talento y cultura considerable. ¿Y sabe usted lo que me contestó? «¡Pero si no tenemos tiempo de nada!» Es verdad. Las mujeres de hoy no tienen tiempo de nada.

—Porque lo pierden en frivolidades. ¿Cómo se explica usted, si no, que tuviesen tiempo de amar, de filosofar, de viajar, de escribir, de intrigar, de investigar, de interesarse por todas las cosas suyas y ajenas, las contemporáneas de Diótima y Aspasia, de Lucrecia Colatime y Valeria Graco, de Juana Gray y Teresa de Jesús, de Diana de Poitiers y Paula Colonna, de la viuda de Scarren y la Palatina?...

—¡No hay derecho! Espiga usted en la Historia y, naturalmente... Las grandes mujeres de antes, como las de ahora—que también las hay—, tienen siempre tiempo de todo. Yo me refería a las otras.

—¡Ah! Es que las otras—las de antes y las de ahora—son como son, no por falta de tiempo, sino por sobra de rutinas. Ya hablaremos de todo esto más despacio. Es un tema tan vasto el de las mujeres que exige una preparación, no sólo de libros, sino de observación y de intercambio. Por eso muchos escritores feministas desconocen el espíritu femenino.

—¿Las mujeres? ¡El cuento de nunca acabar!

Cristóbal de CASTRO

¿Qué tiene la castellana, la más esbelta azucena de que el condado se ufana, que así la mata la pena?

¿No veis allí, en un rincón de la estancia señorial, una cama funeral que alumbra recio blandón?

Es que la muerte cruel, al despuntar la mañana, llevóse al lindo doncel de la gentil castellana,

sin mirar que cuando hundió la torpe garra en su presa, no otra cosa se llevó que el alma de la condesa.

Por eso su duelo es tanto y tan acerbo su mal;

por eso enronquece el llanto su limpia voz de cristal.

Un tapiz se ha descorrido, y una irrisoria figura, de grotesca catadura, se llega al paje dormido.

Es un juglar; el mejor entre todos en urdir torneos de buen humor en los juegos de reir.

Pero tan gran desconsuelo embarga a la castellana, que no hay alegría humana capaz de turbar su duelo.

Y todo lo que el cruel bufón saça del ultraje es un dogal para él y una oración para el paje...

Diego SAN JOSÉ

FEMINISMO Y CRISTIANISMO

En estos tiempos que corremos de pleno brote de Asociaciones feministas, tales que no parece sino que el triunfo en la terrible guerra pasada ha sido exclusivamente de la mujer; ahora que, aprovechándose de la victoria, se agrupan para conservar y aumentar las ventajas conseguidas a fuerza de sacrificios tan terribles y desinteresados como son siempre los de la madre, la esposa y la hija, y unas se agrupan cabe la bandera sacrosanta del único verdadero Redentor de todos los oprimidos, mientras se congregan otras quizá un tanto lejos o muy lejos de la Cruz, creo que es obligación que me constriñe, por razón de mi carácter sacerdotal, recordar a unas lo que bien saben para que nunca lo olviden, y hacer saber a las otras lo que ignoran o no consideran suficientemente.

¿Habéis meditado alguna vez, vosotras las mujeres de los pueblos civilizados en cristiano, por qué podéis hoy erguir vuestras graciosas cabezas en el nivel de personas, y merecer delicadezas y respetos de todos los hombres que se precian de tales?

Vosotras, que ahora sois como grácil tallo en que se mece perfumada flor de modestia tan delicada que se marchita con sólo tocarla; vosotras, que sabéis secar con amoroso cariño las lágrimas de vuestros padres y confortar y servir de consuelo a vuestros esposos, disipando de sus frentes las arrugas del cansancio de la diaria pelea por la vida; vosotras, madres de la Humanidad, en cuyo seno hemos dormido todos nuestros sueños más tranquilos; vosotras, que habéis formado el corazón y el alma de todos los grandes hombres que han escrito páginas de oro en la Historia; y también vosotras, vírgenes consagradas a Dios, perfección que no supo nunca imaginar el pensamiento humano, rayos de un sol de pureza más grata y más amable que la luz del sol de la materia, y que sois consuelo de todos los que lloran, remedio de todos los que padecen, enfermeras de todos los enfermos, amparadoras de todos los huérfanos, esposas sólo de Dios, pero madres de todos los que no tienen madre, ¿qué erais antes del Cristianismo mas que un adorno o un placer que se compraba por un puñado de cobre y se estimaba tanto cuanto se estima lo que se adquiere a bajo precio?

Si ahora sois la reina del hogar, y aun la misma Reina de los cielos, es porque plugo al Redentor nacer de Madre Virgen y sublimarla y ensalzarla sobre todas las criaturas, borrando así el estigma que había marcado en vuestras frentes con hierro enrojecido el hombre degradado. Leed los escritos todos del Nue-

vo Testamento y veréis a la figura de la mujer flotar acaso con más respeto, con más delicadeza, con más pureza y con más amor que la figura misma del hombre.

Estas ideas de redención, sostenidas por la Iglesia católica, son las que han pasado a todas las civilizaciones gracias al empuje vigoroso y constante de los mantenedores de la doctrina de Cristo, y es muy cierto que no ha habido, ni hay, ni habrá jamás, otras instituciones en defensa verdadera de la mujer que las que funda y sostiene la Iglesia católica, porque el hombre, dentro de su carne, siempre tiene los instintos de la bestia y la brutalidad del más fuerte, y las instituciones que él funde, a la corta o a la larga, no serán defensoras, sino opresoras; y las que constituyáis vosotras, lejos de la sublime doctrina del Crucificado, Hijo de una Madre Virgen, no servirán para conseguir lo que es ornato en el espíritu y decoro en la frente de la mujer, sino el triste derecho de poder comportaros tan inicua como se comporta el hombre de las modernas sociedades, civilizadas sólo en la apariencia, pero descristianizadas y salvajes por dentro.

Esto quería deciros, pensando, al volver una tanto por los fueros de la mujer, en aquella que fué Inmaculada Madre de Dios y nuestra, y en aquella otra mujer bendita, de recio espíritu cristiano, que es mi madre, en cuyo corazón se ha moldeado el mío.

Daniel GARCÍA HUGHES
Canónigo de Madrid.

SÁTIRA

Iban a dar garrote a un ladrón. Solemnizábase el caso como si fuera fiesta de toros; que era para la Justicia muy bueno el quitar tan mala semilla de sobre la faz de la tierra y ahorrarse de émulos, y en el patio de la cárcel formaron corro los presos condenados a última pena.

Pasó con andadura de flecha un carcelero y les dijo:

—Estense quietos y presten atención. ¡Escarmienten en el acto del procesado! ¡Miren qué gentil esperanza para los que no tienen ninguna!

Lloraban las mujeres un llanto muy autorizado, pero nada provechoso al reo, y de aquí colegí la facilidad con que se llora cuando ya no hay remedio, y que las lágrimas y la cera se parecen en el secarse con la presteza del relámpago...

Tardó el preso en venir; no tanto por que para todos eran los minutos años menos para el reo, que creía ver los reles endemoniados, despenándose a todo correr por entre las horas, sino por tenerle a éste entretenido la barandilla de manjares inútiles con que la caridad de los hombres obsequia al que van a ahorcar.

Llegó, por fin, que todas las cosas llegaran, y más que ninguna la muerte, y en todos creció la congoja y el espanto.

Vació el condenado al ver el patíbulo, y un cofradé del Santo Sepulcro, que le acompañaba, le encareció el valor diciéndole:

—No tema el hermano, que pronto comparecerá ante la Justicia divina. Nada importa la tierra cuando se está al punto de ver el cielo. Huélguese de morir.

Y diciendo esto, asiólo del brazo y le ayudó a subir las escaleras, que fué lo mismo que empujarle a la sepultura.

Y así como estuvo arriba, el preso clavó la vista en un médico, un juez y un abogado que junto al tablado platicaban e hizo con tanta insistencia, que temblaron aquéllos creyendo se trocarían los lugares. Y una enfermera que le asistía, adivinando lo anormal del reo, se acercó con suma diligencia para exhortarle a la eterna vida.

El abrió los ojos en viéndola, y dijo: —¡Ah, señora mía! Extraño es ese porte y traje. Agradezco sus buenos deseos. Pero yo, que soy el sujeto, lo doy todo por predicado. ¡Tiempo es de verdades! Y la mujer, como la verdad, ha de estar desnuda para ser bella. Quédesese para otro más digno que yo la plática.

Suspendióse un poco y luego repuso: —Habladme de otra vida mejor, pero no me neguéis ésta. Y si hubiera alguno con tanto interés por gozar a Dios y seguro estuviera de ello, no vacile, que yo cedo mi puesto al que lo desee.

Y alzando más la voz exclamó: —¡Eh, señor juez; señores médico y abogado! Tengan ustedes la amabilidad de subir las escaleras, que aquí hay lugar para todos. ¡Cuán iguales suelen ser nuestros actos, y cuán diversas y diferentes nuestras profesiones! Si yo, en vez de robar tan malamente, hubiera dado en la flor de estudiar para penas de muerte, de matar la ley tras la autoridad de un birrete, o de pronosticar la losa a puras pócimas, jarabes y operaciones—que para el médico son de números—, de las cuales queda exhausto y destruido el enfermo, no estaría aquí. No supe hacer esto, y en castigo a mi ignorancia, justa es mi pena. No hay más, señores míos. Lo que resta es cuestión de suerte. Quien dijo que la muerte a todos nos iguala mintió. Mi indulto no ha caído de la gracia del Rey. Mala gracia es esta para mí, y poca me hace. Dejemos hacer al verdugo su oficio. A todos perdono, porque ya de ninguno temo; que los hombres sólo piden perdón cuando tienen algo que temer...

Cumplióse la ejecución.

Desfilaron ante el muerto.

Dijeron los presos: —¡Pobre hombre! ¡Aun podía haber sido bueno!

El verdugo: —He cumplido la honrosa misión que me confía el Estado.

El juez: —Lo ha matado la Justicia.

El abogado: —Era mala defensa y no tenía un real.

El hermano del Santo Sepulcro: —Hagamos algo por su alma, hermanos.

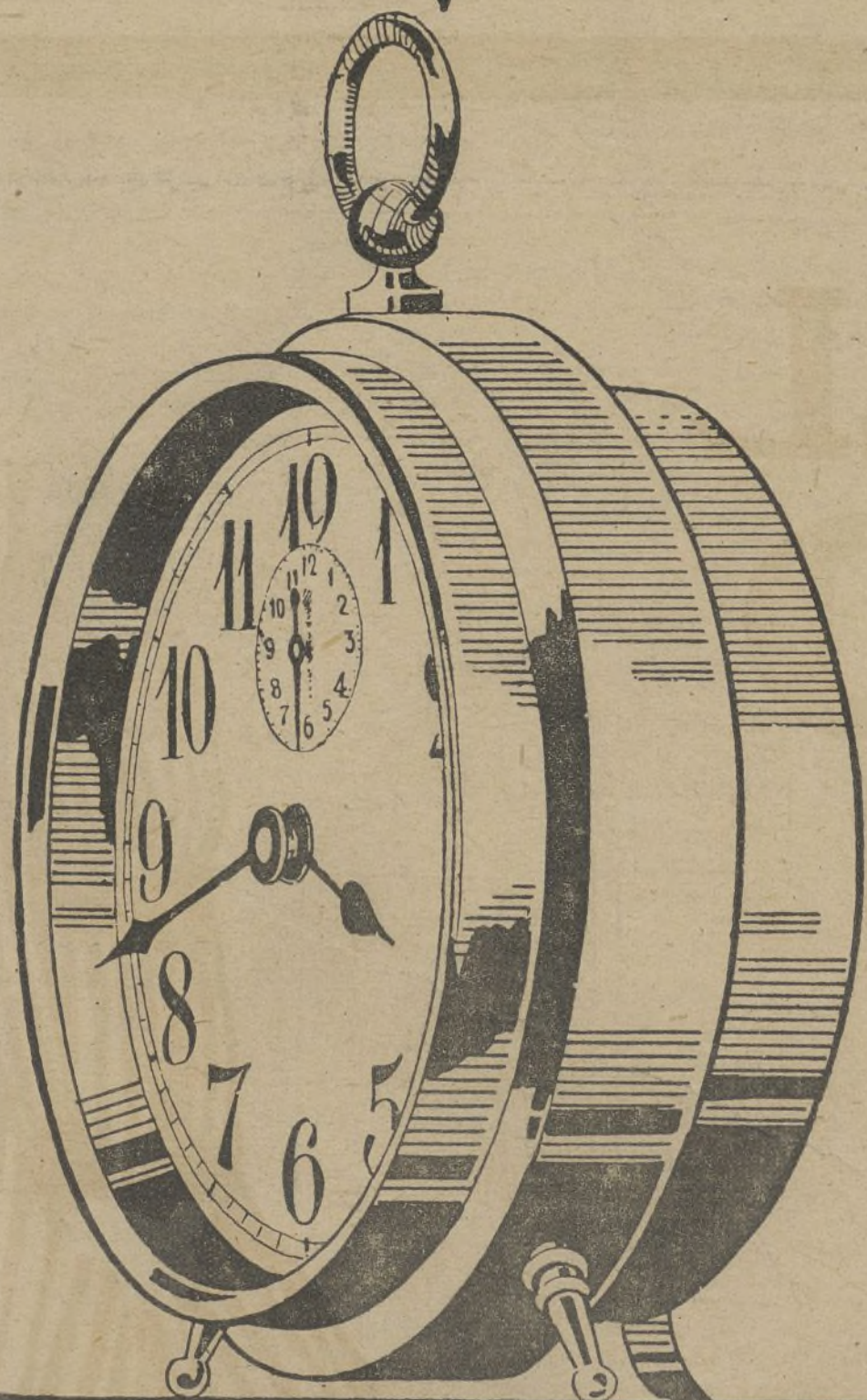
El médico: —Certifico que es verdad que este hombre ha muerto.

Luis ASTRANA MARÍN

CARLOS COPPEL

FÁBRICA DE RELOJES
FUENCARRAL 27 - MADRID.

CERTIFICADO DE GARANTIA
EN CADA RELOJ.



HELIOS

PALACIO U HOTEL DE VENTAS

Muebles de lujo :: :: Muebles de estilo
ATOCHA, núm. 34. Teléfono M 860



Pierre Benoit
POR DON CARLOS

EDICIONES ESPAÑOLAS, 4 PESETAS

Al mismo tiempo que en Francia, acaba de publicarse en España este nuevo libro del famoso autor de «La Atlántida». Palpitante aun la maravillosa impresión que el joven novelista ha causado en todo el mundo literario, no es preciso encarecer el interés, la sugestión, la extraordinaria amenidad de sus obras. Y no sólo participa de estas cualidades «Por Don Carlos», sino que ofrece a los lectores españoles el particular interés de que se trata de un asunto español: un episodio de la guerra carlista magistralmente tratado y desenvuelto. La traducción, como la de «La Atlántida», ha sido esmeradamente hecha por Cansinos Assens.

Angel Ossorio y Gallardo
EL ALMA DE LA TOGA

4 PESETAS

Como fruto de una larga, rica y noble experiencia profesional, y con ánimo de generosidad, ha publicado Ossorio y Gallardo este libro de confesiones. Sus sanos consejos y sabias orientaciones están inspirados en un vivo deseo de que los jóvenes abogados se formen un alto y justo concepto de la profesión.

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA
SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERIA.--Ferraz, 21, Madrid

MOTORISTAS

Han llegado 60 motocicletas "Excelsior" y un gran "stock" de piezas de recambio y accesorios.--Entrega inmediata.

Exposición y venta

VIUDA E HIJOS DE FLOREZ-ESTRADA

Bárbara de Braganza, 20

Teléfono M. 2.542

CARDUY

Para las enfermedades
de las señoras y jóvenes
no hay como el

CARDUY
el tónico de la mujer.

Pídalo usted hoy mis-
mo; agradecerá el con-
sejo.



Folleto explicativo,

GRATIS,

se reparte en todas las

FARMACIAS

AGUAS DEL INCIO

análogas a las tan célebres
de Spa, Bagnères de Bigorre,
Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades
por debilidad, propias de la mu-
jer, y cuantas manifestaciones
origina el agotamiento nervioso.

Bóveda (LUGO)

